



última novela de E. Sabato: retazos

abaddón, el exterminador

IGNACIO CASTILLO S.

FORMA Y FONDO.—

Sabato ha sido treinta años —una generación— para tres novelas: "El túnel", "Sobre héroes y tumbas", y ahora "Abaddón". Hoy el escenario sigue siendo el mismo: Buenos Aires y sus alrededores, deambulatorio de fantasmas y hombres sobre el cual aparece inminente el monstruo-sino, figura apocalíptica, ángel-demonio, de las vicisitudes del presente.

No se trata de una novela relato, ni del encanto triste y dulzón de la tragedia admirada: "Abaddón" es una crónica-testimonio del presente, a través de los ojos, la boca, la cabeza, el corazón, de los muchachos (Bruno, Nacho, Quique) bonaerenses. Crónica de café, de calle, de universidad y conferencias, de tertulias "in", de divagaciones, de torturas y de muerte. Un testimonio en el cual la cotidianidad, lo ordinario de los hechos, queda rota por el juego dramático establecido entre el personaje-ficción (personaje convencional de novela), el personaje en ficción de ficción (personajes crecidos en las otras novelas de Sabato, que intervienen en la trama de ésta) y el personaje-realidad (Sabato mismo) convulsionado por todo lo que como escritor vive, imagina y presente.

La trama, mosaico alineal, es rica en recursos para ir plasmando las facetas de

la realidad que dan sentido al todo. Cada fragmento narrativo —unas 100 escenas— adquiere su significación más profunda por la contraposición al conjunto.

Toda la obra se presenta como la explicación aparentemente inconexa de las escenas iniciales: acontecimientos sucedidos en la ciudad de Buenos Aires entre la tarde y la madrugada del 5 al 6 de enero de 1973:

- Bruno, joven discípulo de Sabato, ve pasar a su maestro frente al café, deprimido y absorto, hundido de nuevo en un "pozo".
- Un borracho loco, salido del bar Chinchín, ve sobre el cielo de la ciudad al dragón-serpiente echando fuego por las fauces de sus siete cabezas. Trata de avisar, pero nadie le hace caso.
- 2 a.m. Nacho espía un apartamento. Su hermana Agustina ha entrado con el potentado Pérez Nassif.
- Sótanos de una comisaría de suburbio: muere a golpes, dentro de un saco, Marcelo, de 23 años, acusado de guerrillero.
- Bruno —depresión de Sabato— evocando a Martín y Alejandra ("Sobre héroes y tumbas") se revela contra el devénir y el olvido. Escribir, ¿pero escribir sobre qué? El universo incon-

SABATO, Ernesto
"Abaddón, el Exterminador"
Argentina, Ed. Sudamericana, 1974

mensurablemente vasto y catastrófico; la gente —Nacho, Agustina, Marcelo— de la que se desconoce todo... salvo retazos oscuros de la propia existencia.

“Una novela sobre esa búsqueda del absoluto, esa locura de adolescentes pero también de hombres que no quieren dejar de serlo: seres que en medio del barro y el estiércol lanzan gritos de desesperación o mueren arrojando bombas en algún rincón del universo... y sobre un artista que en recónditos reductos de su espíritu siente agitarse esas criaturas (en parte vislumbradas fuera de sí mismo, en parte agitadas en lo más profundo de su corazón) que demandan eternidad y absoluto. Para que el martirio de algunos no se pierda en el tumulto y en el caos sino que pueda alcanzar el corazón de otros hombres, para removerlos y salvarlos” (p. 17).

Después comienzan las escenas del mosaico: confesiones, diálogos, sueños, anteriores a los hechos referidos, pero que pueden ser sus antecedentes, aunque no



siempre claros y unívocos.

Podemos leer **“Abaddón”** desde múltiples ángulos: los hábitos e inquietudes de la generación nueva de nuestras grandes ciudades, desde las rigideces de sus posturas políticas hasta los soliloquios interioristas, con los Beatles como fondo (y tal vez en un mismo sujeto); la profecía-metáfora del monstruo que se cierne sobre América Latina en el caos purulento de nuestras sociedades organizadas... pero en definitiva nos decidimos por ver a Sabato mismo: Sabato intelectual, monstruo y profeta de la realidad que lo invade.

LA ESTETICA: SABATO INTELECTUAL.

“Yo tuve la desgraciada suerte de armar la Verdad porque no sé casi nada de nada. Y como no tengo profesores a quienes dejar mal, soy un completo irresponsable” (p.378).

Hay una afirmación vivida en el personaje Sabato: no se puede renegar del arte —literatura, música, pintura— aunque no se vea en qué sentido cada obra concreta pueda evitar tan sólo la muerte de un niño. Claro que afirmar el arte es afirmarse Sabato mismo como artista, como ser superior (p.121, 47, 48).

No, al artista que vende una técnica que domina; ese no es tal: son las obsesiones, profundas y pocas, las que hacen al hombre creador. No existe el derecho a la elección de tema. Escribir cuando no se soporta más la obsesión, cuando se está llegando a la locura; para regresar a “lo mismo”, con más recursos, experiencia y desesperación (p.127). Obsesiones que nacen del rumor de los hombres, “allá afuera”.

No, al arte preciosista de los que “están en la coña”, roció de salón, vanguardia de retaguardia, juego de palabras en el que el ingenio suplanta al genio porque éste es siempre de mal gusto (p.140). No, al arte de élites.

El arte pierde su ser si se mistifica como bandera política y no por ello deja de tener su función en los procesos históricos (p.189). Allí la defensa a la propia literatura: la interioridad como tema, reflejo de un estado de cosas, y por tanto los sueños y los delirios de loco (p.195). **“La novela más subjetiva es social, y de una manera directa o tortuosa está dando testimonio de la realidad entera” (p.195, 196).** Sólo hay novelas grandes y novelas chiquitas.

El arte tiene que ver, como lenguaje, más con el sueño y con el mito que con las estadísticas y las noticias de los periódicos; es una “ontofanía” en la que toda la realidad, exterior e interior, se manifies-

ta. El arte es subjetivo e individual, diferencia esencial con el conocimiento científico. El hombre de ciencia prescinde de su objetividad (pretende, digo yo) y el artista no, y eso es lo que los hace tales (p.198). Son tan reales los problemas de las plantaciones de banano como la meditación que sobre la soledad hace un muchacho sentado en la plaza. El dilema no es entre literatura social y literatura individual, sino entre lo grave y lo frívolo (p.203).

Esta dilucidación sobre el arte, algo que parece tan teórico (frívolo), se encuentra en la raíz del drama interior de Sabato, invadido él mismo por la realidad frívola (p.51, 85, 383, 391, 398) y grave (p.184, 189, 258...).

LOS DELIRIOS: SABATO ABADDON.

“Sabato... dominado no sólo por su propia ansiedad de absoluto sino también por los demonios que desde sus entres siguen presionándolo, personajes que alguna vez salieron en sus libros, pero que se sienten traicionados por las torpezas o cobardías de su intermediario; y avergonzado él mismo, el propio Sabato, por sobrevivir a esos seres capaces de morir o matar por odio o amor o por su empeño de desentrañar la clave de la existencia. Y avergonzado no sólo por sobrevivirlos sino por hacerlo con ruindad, con tibias compensaciones. Con el asco y la tristeza del éxito” (p. 18).

Sabato en el umbral de una nueva época: la era de la tecnología moral: porvenir formidable para los que tengan el sistema nervioso capaz de soportarlo (p.115, 116). Pero eso se va haciendo imposible para él por los desgarramientos que el presente le impone: las torturas, los presos políticos, la televisión argentina, el peronismo, el antiperonismo, los sucesos de París, Praga, Caracas, Ceilán, el problema palestino; y esa aureola fastidiosa del intelectual que es llamado por institutos, sociedades, revistas, universidades, desde el Club de Roma hasta el festival de Manizales (p.147); el rechazo de los jóvenes de izquierda a su literatura burguesa (p.195); el discurso idiotista de los despreocupados (p.383)...

Y de nuevo la afirmación de su lugar: los grandes y desgarrados creadores, el más terrible testimonio del hombre. No que todo escritor sea un creador verdadero: en la mayoría predominan motivos subalternos: la fama, el dinero, la facilidad, la vanidad, la distracción, el juego. El genio no escribe con facilidad sino con desgarramiento (p.203, 214), un poco sueña el sueño colectivo, expresando no sólo sus ansiedades personales sino las de

la humanidad entera. Sueños que llegan a ser espantosos.

Sabato, el físico que renuncia a la tecnolatría, el marxista que renuncia a la ortodoxia (p.215, 195, 200, 213, 225), el hombre que renuncia al mito del progreso pagado con las drogas.

Sabato que se siente vendido al éxito y en lo más profundo de su ser —sueño— se ve ante las cámaras de T.V., en calzoncillos, casándose con Libertad Leblanc mientras J. L. Borges y su perro lazarillo les sirven de testigos (p.272) y piensa: "tanto él como yo somos personas públicas", y siente que caen lágrimas de sus ojos.

Sabato aturdido por las teologías de salón (p.363), por las noticias (p.420), las comunicaciones de Jorge Ledesma (113, 182, 377, 457), de nuevo en el universo de los ciegos (p.467), hasta volverse murciélago-rata (p.498,ss.) y decidiendo vivir ante la gente —"no se dan cuenta"— de cualquier manera, guardando su secreto para que no crean que está loco. El deseo de vivir es así: incondicional e insaciable.

LOS ABSOLUTOS: SABATO MUERTO

La incertidumbre, la duda ante los desgarramientos, no sabe si consolarse en los "momentos hermosos de la vida": familia, amistad, ideal compartido, ternura, alegría, felicidad; o si más bien todo eso no es una trampa que no nos deja habituarnos a lo horrible, a lo cruel: estamos condenados a vivir en la ilusión de estar vivos, pero siempre queda la esperanza de la muerte, quizás parte de la infernal farsa (p.93, 95).

Y allí su afirmación repetida; los problemas meta-históricos no pueden ser totalmente atrapados: la vida, la muerte, la finitud, la angustia, la esperanza (p.225, 269): límites de la condición humana, que existen desde que el hombre es hombre: realidades que el artista eterniza dándoles su debido peso.

Por eso, el arte, eternizando los valores meta-históricos, no es reducible a una época, a estructuras económicas y sociales (p.213). Sólo en el arte se revela la realidad toda (p.221), racional e irracional (p.199).

Los problemas en torno a la muerte —"esjatológicos" (p.269)— son para Sabato esa obsesión que propone en su estética: todos debemos oírlo porque todos estamos destinados a ser pasto de gusanos (p.281); oído si no con respeto, al menos con condescendencia. Pero Sabato mismo afirma que hay diversos modos de morir conforme a sus modelos de pésame (p.249) desde "un cierto sentido pésame" (la Sagan) hasta "mi interesado pésame". Y

hay formas muy especiales de morir (p.258): el Che.

Es en el tema de la muerte donde la novela se hace poesía (p.281, 453, 525, 528).

Sabato soñando con un cadáver leproso que quiere hacerse comprender; Sabato angustiado, avergonzado y culpable ante sí mismo (p.523) —muerto— espera resucitar en la lápida que lee Bruno (p.526):

Ernesto Sabato

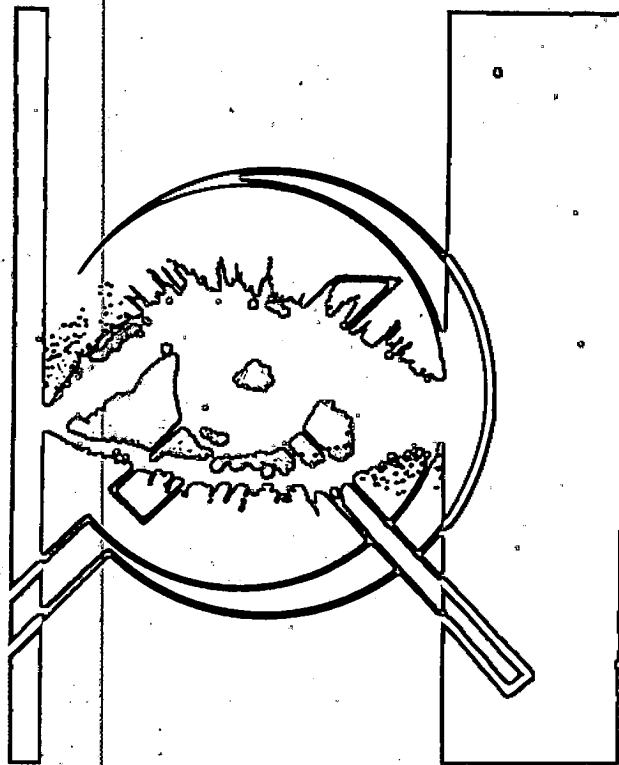
Quiso ser enterrado en esta tierra
con una sola palabra en su tumba
PAZ

"En cualquier caso, fuera como fuera, era paz lo que seguramente ansiaba y necesitaba, lo que necesita todo creador, alguien que ha nacido con la maldición de no resignarse a esta realidad que le ha tocado vivir; alguien para quien el universo es horrible, o trágicamente transitorio e imperfecto. Porque no hay felicidad absoluta, pensaba. Apenas se nos da en fugaces y frágiles momentos, y el arte es una manera de eternizar (de querer eternizar) esos instantes de amor o de éxtasis; y porque todas nuestras esperanzas se convierten tarde o temprano en torpes realidades; porque todos somos frustrados de alguna manera, y si triunfamos en algo fracasamos en otra cosa, por ser la frustración el inevitable destino de todo ser que ha nacido para morir; y porque todos estamos solos o terminamos solos algún día: los amantes sin el amado, el padre sin sus hijos o los hijos sin sus padres, y el revolucionario puro ante la triste materialización de aquellos ideales que años atrás defendió con su sufrimiento en medio de atroces torturas; y porque toda la vida es un perpetuo desencuentro, y alguien que encontramos en nuestro camino no lo queremos cuando él nos quiere o lo queremos cuando él ya no nos quiere, o después de muerto, cuando nuestro amor es ya inútil; y porque nada de lo que fue vuelve a ser, y las cosas y los hombres y los niños no son lo que fueron un día"... (p.526, 527).

Paz irreteneble por la premura del tiempo: cada día será pasado y olvidado y borrado (p.528): es irreparable como la tarde y la madrugada del 5 al 6 de enero de 1973 en Buenos Aires, algo que nos acerca a la muerte, con la tentación perenne de que como el mundo sigue despelotado y nadie acierta, a uno le sobra tiempo y duerme un rato (p.458). Y surge inminente ángel o demonio, Dios mismo, EL EXTERMINADOR.

DUMQUE

Desde la perspectiva Sabato-personaje nos encontramos con una metáfora de



lo que sucede y puede sucederle a la humanidad toda en un tiempo como éste.

En el personaje-realidad se abre una polémica cálida entre ortodoxias de "derecha" e "izquierda" sin soluciones precisas: la realidad no le da la paz ansiada. Vendido (imposible) a la verdad desde su propia perspectiva (tan posible como que "Abaddón" está aquí) se presenta el intelectual nuestro, el artista, como elemento decisivo de nuestro momento. Soliloquio que se hace coloquio para tanto intelectual de Marx en los tramos de la biblioteca (las realidades concretas también) y mucha pantalla (aquí hay plata y mercado para todo), y para los que son capaces de amar el orden sin renunciar a asumir el caos presente hacia otro estado de cosas (e ideas), no para quien piensa que vivimos en él. "Abaddón", minimista; mecanismo de defensa, defensa de la propia situación individual, invasión de realidad purulenta, ¿problemas de élites? valen la pena las quinientas y pico de páginas.

